

LOS OTOMIES ANÁLISIS DE UN GRUPO MARGINAL

MARGARITA NOLASCO ARMAS

INTRODUCCION

Entre los principales rasgos que caracterizan a los países subdesarrollados tenemos la falta total de sincronismo en el grado de desarrollo económico y social. En México hay regiones que tienen un nivel de desarrollo ligeramente superior al que se tenía en las primeras épocas de la Colonia, mientras que en otras zonas —vegas de los ríos, regiones irrigadas o de temporal muy regular, urbes, etc.— hay diversos grados de desarrollo económico que siguen la tradición llamada occidental. Otro, muy importante también, es la dependencia de economías extranjeras, que aceleran o detienen el grado de desarrollo de acuerdo con las exigencias de su mercado y además, hacen una distribución de la producción en forma no equitativa. También tenemos que la productividad en las diversas actividades económicas se caracteriza por ser muy baja y por la gran cantidad de energía humana invertida en ella. Finalmente, existe gran diferencia en los ingresos per cápita, ya que hay grupos minoritarios que perciben la mayor parte del ingreso nacional, mientras que otros grupos, que forman la mayoría de la población, tienen que dividirse la pequeña parte restante del ingreso nacional.

Otros muchos rasgos se presentan en los países subdesarrollados, tales como la carencia de alimentos, deficiencias agrícolas, reducido consumo de energías y de bienes de consumo, bajo grado de industrialización, bajo nivel educacional, subempleo, natalidad elevada, etc., y en tal forma están estructurados todos, dentro del contexto cultural, que forman un complejo. Dentro de este complejo, los factores de la producción —trabajo, tierra, capital y técnica— forman una combinación extraordinariamente deficiente, en tal forma que no sólo un factor sirve para detener el desarrollo de los otros, sino también para lograr, en forma de círculo vicioso, que el rendimiento y la productividad sean extraordinariamente bajos.

En este trabajo nos proponemos analizar algunos rasgos económicos en un grupo que consideramos marginal al desarrollo económico mexicano: los Otomíes del Valle del Mezquital, pues creemos que un método para conocer y entender los problemas inherentes al subdesarrollo en México —tales como los mencionados con anterioridad—, consiste en analizar las condiciones socio-económicas internas y las relaciones externas, de un grupo atrasado dentro de un país subdesarrollado.

Para tal objeto haremos primero una somera descripción del habitat, de la población y de algunos aspectos de la cultura de los otomíes; luego algunas observaciones sobre sus principales problemas para el desarrollo económico y las formas en que los han afrontado para, finalmente, tratar de ubicarlos dentro del problema general del subdesarrollo en México.

HABITAT

El Valle del Mezquital ha quedado como el principal asentamiento de los indios otomíes. El Valle comprende los distritos agrícola-económicos de Itzmiquilpan, Actopan y Tula en el Estado de Hidalgo. Los otomíes se encuentran casi concentrados en la región más árida del Valle, el distrito de Itzmiquilpan, Hgo., que forma el Valle del mismo nombre.

Desde un punto de vista étnico, y tomando con reservas el criterio lingüístico como principal factor para determinar lo "indígena", podemos decir que los otomíes se encuentran fundamentalmente concentrados en los municipios de Itzmiquilpan, Chilcuautila, Santiago de Anaya, Tasquillo, Alfajayucan, Cardonal y San Salvador, en el distrito de Itzmiquilpan, aún cuando también hay grupos, más o menos importantes, en los municipios de Nicolás Flores, Zimapán y Tecozautla, en el Estado de Hidalgo, pero fuera del Valle.

Los datos que a continuación se exponen fueron obtenidos en enero, febrero y marzo de 1962, en un estudio realizado tomando 520 familias otomíes en 26 localidades, en los municipios de Itzmiquilpan, Chilcuautila, Santiago de Anaya, Tasquillo y Alfajayucan, como muestra representativa del total, con objeto de analizar los cambios socio-culturales que han tenido lugar en los últimos 10 años entre la población otomí.¹

La cabecera municipal, Itzmiquilpan, se encuentra a unos 160 km. al norte de la Ciudad de México, y se comunica con esta metrópoli por la ruta a Laredo. Desde el kilómetro 130 al 170, más o menos, a ambos lados de dicha carretera, se extiende una planicie; el Valle de Itzmiquilpan, levemente inclinado hacia los vasos de los lagos desecados, tal como corresponde a una región que antes constituyó el fondo de un mar cretácico y que, en épocas posteriores, sufrió levantamientos, formando una meseta que actualmente es de rellenamiento, ya que ha

¹ El estudio forma parte de otro más amplio sobre las zonas áridas del Centro de México, dirigido por el Prof. Fernando Cámara B., estudio que se dividió en 5 proyectos, uno de los cuales, relativo a los otomíes del Valle del Mezquital, quedó a cargo de la autora.

recibido, y tal vez todavía recibe, material de denudación de las sierras. Los aflamamientos, los plegamientos oligocénicos, miocénicos y pliocénicos, así como otros diastrofismos han contribuido a darle la estructura que actualmente ostenta: meseta rodeada de montañas formadas por edificios volcánicos.

El sistema hidrológico del Valle de Itzmiquilpan está constituido por el Río Tula y sus afluentes, que lo atraviesan de sur a noroeste. Los principales afluentes del Tula, dentro de la zona árida del Valle del Mezquital, son el río Alfajayucan y el San Juan del Río. En la región hay varias fuentes de aguas termales: Ajacuba, Tepé, Humedades, Pueblo Nuevo, Dios Padre, Tolantongo, Tasquillo, etc., que son usadas por la población como balnearios.

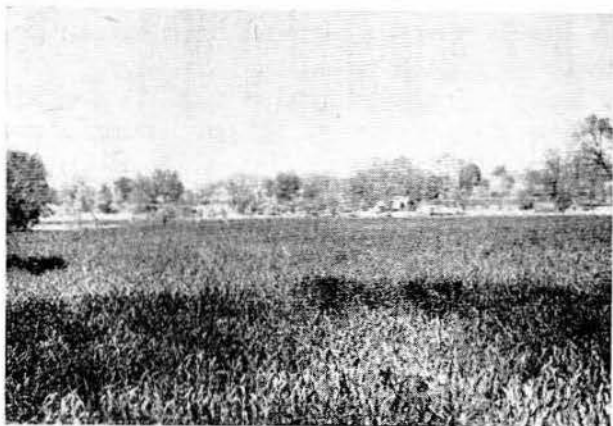
El suelo es zonal, de calcificación, del tipo chestnut, con una textura que varía de mediana a pesada, lo que dificulta las labores agrícolas, siendo de un color que va de café a café grisáceo; el pH es superior a 8; tiene cantidades adecuadas de nitrógeno, y son suelos deficientes en fósforo y en potasio. El contenido de materia orgánica no llega al 2% del total. En general, en el norte de nuestra área los suelos son gruesos y de espesor medio, mientras que en el sur son delgados y el tepetate y las rocas afloran constantemente a la superficie. Los terrenos en las laderas están completamente erosionados, tanto por la acción eólica como por efectos de la deforestación y del mal uso de la tierra.

Si se cuenta con agua de riego en suficiente cantidad, los suelos gruesos pueden ser usados perfectamente para la agricultura (lám. I), mientras que los delgados necesitan, en principio, ser mejorados, y una vez hecho esto, podrían usarse para pastizales (lám. II).

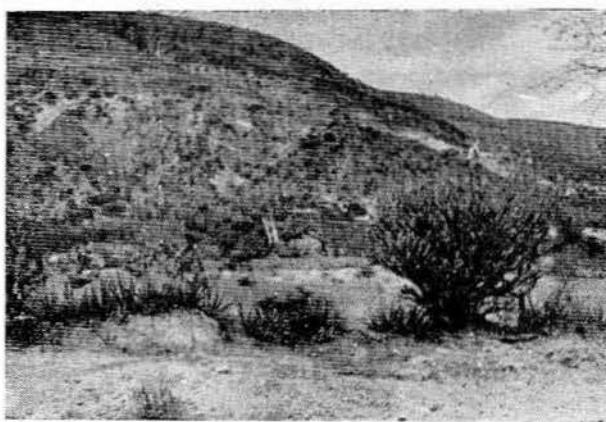
El clima es del tipo BW (sistema de Köppen), es decir, seco desértico; con una temperatura media anual ligeramente superior a los 18°C. La máxima absoluta, que se presenta en junio, es de 41°C, y la mínima extrema, que se presenta en diciembre, es de -5.2°C. La altura anual de la lluvia es poco menor de 300 mm. en 30 días de lluvia apreciable, que no se presentan agrupados, sino que en seis meses se distribuye una tercera parte de ellos, y en los otros seis, el resto.

La vegetación espontánea es escasa y poco variada: mezquite, huizache, garambullo, nopal, guayacán, pirul y maguey y, de vez en cuando, algo de lechuguilla y palma. Los principales cultivos consisten en maíz, frijol, calabaza y haba bajo temporal; y trigo, alfalfa, hortalizas y frutales bajo riego. Las tierras de riego —pequeñas porciones en el noroeste de Itzmiquilpan, oeste de Tasquillo, norte central de Alfajayucan y sureste de Santiago de Anaya y Chilcuautla— sólo en una pequeña proporción pertenecen a la población indígena, ya que están en poder de los campesinos no indígenas. En el resto de las tierras, como es fácil suponer por los datos anteriores, la agricultura es escasa, y no redituable.

Las comunidades otomíes siguen un tipo de patrón de asentamiento disperso, con un núcleo central que sirve de centro cívico ceremonial. El núcleo central está constituido por la escuela, que es un edificio de planta cuadrangular, con paredes de ladrillo, mampostería, o láminas de plástico, y con techo plano, ligeramente en declive; consta de dos o tres aulas y la casa del maestro. Toda la construcción está colocada frente a una explanada central que sirve de patio es-



Lám. I.—Área irrigada El Cortijo, Calvario, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.



Lám. II.—Zona árida. Zacoaloya, Municipio de Chilcuautla, Hgo.



Lám. III.—Habitación construida con material vegetal. Orizabita, El Capulín, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

colar. En esta explanada están colocados tres, cuatro, o más colmenas, propiedad del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital.

En algunas comunidades como Maguey Blanco, Orizabita, Naxthey, Taxihé, Sosea, Zacoaloya, Hermosillo, Arbolado, etc., hay un templo católico, usualmente colocado también frente a esta explanada central. Por lo general, los templos fueron levantados a fines del siglo XVII y principios del XVIII; son construcciones pequeñas, algunas veces con planta cuadrangular y otras en crucero, con paredes de ladrillo o adobes, pero siempre revestidas de argamasa y coloreadas. Tienen una sola torre, que remata en una cruz. Unas cuantas localidades tienen, además del templo católico, uno evangélico que es de construcción reciente, de no más de 10 años, pequeño, de planta cuadrangular, con paredes de ladrillo o adobe revestido y pintadas en color.

En algunas localidades, a un lado de la escuela está colocado un tanque de almacenamiento de agua con un hidrante. El agua algunas veces llega a la localidad entubada, mientras que en otras es llevada hasta los tanques en carros-pipas del PIVM (Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital). Hay dos o tres hidrantes más, colocados estratégicamente en algunos puntos del poblado. En otras localidades, el abasto de agua se hace tomando ésta de jagüeyes o manantiales cercanos y acarreándola hasta el pueblo.

Las casas, distribuidas alrededor de este núcleo central, quedan separadas unas de otras por distancias que varían de 500 m. a 2 km. Estas viviendas son simples chozas de un solo cuarto, de planta cuadrangular (2 × 3 m.) y con techo a dos aguas colocado a una altura de tres metros aproximadamente. El material de construcción no varía mucho; un primer tipo de choza sería aquel en que las paredes y el techo son de elementos vegetales (pencas de maguey, órganos acomodados, carrizos o baraña (lám. III); otro, semejante al anterior, pero con cimientos de piedra acomodada, y un tercer tipo con paredes de piedras y techo de penca de maguey (lám. IV). El piso es de tierra apisonada, una sola puerta da acceso a la habitación y no hay ventanas.

En el centro de la choza, o afuera de ella y a un lado, están colocadas tres piedras, que forman el tlacuil o fogón al ras del suelo, en el cual las mujeres indígenas cocinan dos veces al día sus escasos alimentos. Entre los principales utensilios domésticos cuentan con ollas y otros recipientes de barro, bateas y cucharas de madera, comal de barro y, frecuentemente, molino manual metálico para maíz y algunas veces tazas de loza o peltre y vasos de vidrio. El menaje es escaso y rústico: cajones para guardar cosas, un par de bancos pequeños, una repisa que sirve como altar doméstico y petates o costales y pedazos de papel para dormir.

El PIVM, en su plan de mejoramiento de la vivienda, ha construido unas 300 viviendas agrupadas en "colonias" en las localidades de Julián Villagrán, Panales, Orizabita y Remedios (terminadas), y en Patria Nueva, Boxhuadá, San Andrés, Granaditas y Cañada Chica (no se terminó la colonización, o todavía sin terminar). Las viviendas son pequeñas casas de planta cuadrangular, de dos habitaciones, la cocina y el portal, con paredes de ladrillo, adobe revestido o piedra, pisos de cemento, techo plano en declive o de dos aguas de teja o mampostería. Para el acceso y ventilación se cuenta con dos puertas y tres o cuatro ventanas. Las



Lám. IV.—Habitación construida con piedra y material vegetal. González Ortega, Municipio de Santiago de Anaya, Hgo.



Lám. V.—Habitación construida con adobe y material vegetal. El Nith, Municipio de Itzmiquilpan Hgo.



Lám. VI.—Tipos físicos. El Mandhó, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

casas están agrupadas alrededor de un centro cívico-ceremonial constituido por la escuela y el patio escolar.

En la gran mayoría de estas casas el menaje y los utensilios domésticos son semejantes a los ya mencionados. Sin embargo, en la cocina tienen una estufa de petróleo, que pocas veces usan, por lo costoso que para ellos resulta el combustible.

Algunos otomíes, los menos, viven en casas de planta cuadrangular con muros de piedra o adobe y techo plano en declive (lám. V). Las casas constan de dos o más cuartos. Los pisos son de tierra apisonada y para el acceso y ventilación cuentan con una o dos puertas y con varias ventanas. Estas casas es frecuente encontrarlas en aquellas localidades donde hay riego (El Máye, El Nith, Arbolado, Panales, El Calvario, etc.). El menaje y los utensilios domésticos son más elaborados y variados, algunas veces incluye cosas tales como radio y plancha (cuando hay luz eléctrica), roperos, camas, mesas y sillas.

Las localidades están bien comunicadas; más del 60% de ellas cuenta con caminos vecinales o brechas transitables en todo tiempo, que las hacen fácilmente accesibles. Pero las posibilidades para que los indígenas hagan uso de vehículos de motor son reducidas, y sólo en tres o cuatro ramales y en la carretera principal hay tránsito de vehículos, mientras que en el resto de los caminos es nulo.

POBLACION

Siguiendo la clasificación de Imbelloni, los otomíes corresponden somáticamente a los ítsmicos; son de baja estatura (1.50 a 1.58 m. los hombres y alrededor de 1.43 m. las mujeres); braquicéfalos, con el cuerpo tosco, la cara ancha y corta, la nariz platirrina con la base ensanchada, y el mentón huidizo. El color de la piel es moreno oscuro y los ojos y cabellos negros (lám. VI y VII).

El idioma otomí corresponde a la familia Otomangue y, según los filólogos, parece ser uno de los idiomas más antiguos de América. Los datos censales con respecto a la población que habla otomí son inexactos, ya que sólo cuentan a los monolingües de otomí, que no saben ni una palabra de español, y a aquellos "bilingües" —que funcionalmente son monolingües— que conocen un corto vocabulario de español, mientras que dejan de contar a aquellos que hablan corrientemente el español y el otomí —verdaderos bilingües—, debido a que éstos últimos, por razones de prestigio social ocultan cuidadosamente su conocimiento del otomí, que frecuentemente es su idioma materno. En forma general podríamos calcular que hay alrededor de 85,000 otomíes, y que las tres cuartas partes de ellos se agrupan en el Valle. Un 10% de esta población, considerada culturalmente como indígena, habla español únicamente; un 60%, otomí y español, mientras que el 30% restante, es monolingüe de otomí.

En la gran mayoría de las localidades del Valle, existe una escuela y a ella concurren los niños otomíes. La asistencia media escolar es alta, casi tanto como el promedio general para el Estado de Hidalgo, por lo que no es raro que la gran mayoría de la población de menos de 25 años haya concurrido cuando menos tres años a la escuela. Sin embargo, la castellanización y la alfabetización son in-

feriores que las de otras zonas indígenas semejantes, tales como la Mixteca de la costa, el territorio yaqui-mayo o la zona tzeltal-tzotzil. Del total de los otomíes, el 60% son analfabetas reales (nunca aprendieron a leer y escribir), el 30%, analfabetas funcionales (al no haber la posibilidad real de practicar el alfabeto, acabaron por olvidar dicha habilidad), y únicamente el 10% saben leer y escribir.



Lám. VII.—Tipos físicos. Arbolado, Municipio de Tasquillo, Hgo.



Lám. VIII.—Tipos físicos y atuendo. El Defait, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

En lo que respecta al atuendo, los otomíes están adoptando el de la población campesina mexicana, pero aún conservan en algunas localidades el atuendo tradicional: los hombres pantalón y camisa de manta blanca, de manufactura casera y un ayate terciado sobre el pecho o sobre la espalda; y las mujeres una falda de manta blanca o de popelina estampada, en colores vívidos y contrastados, y una blusa blanca con bordados en el cuello y en la pequeña manga, así como un ayate terciado sobre la espalda; algunas mujeres de cierta edad continúan usando el quexquemítl. En las localidades más conservadoras todavía se usan fajas tejidas en telar de cintura.

Los hombres usan huaraches y, unos cuantos, zapatos con suelas de material de desecho de llantas de automóvil, mientras que las mujeres usan huaraches o andan descalzas. Los niños, que portan un atuendo semejante al de sus mayores, hasta los 8 o 9 años andan descalzos y después usan huaraches. Los hombres y los niños se cubren la cabeza con un sombrero de palma.

Aún cuando usen camisas y pantalones de manufactura comercial o vestidos corrientes de igual procedencia, continúan usando el ayate terciado, ya que les sirve para cargar bultos, utensilios o bastimento (lám. VIII). Las mujeres, además, lo usan para cargar a sus hijos y aunque tengan rebozo, prefieren hacerlo con el ayate.

Los otomíes hacen dos comidas al día: en la mañana un cocimiento de hojas, sin azúcar, acompañado de tres o cuatro tortillas con chile y sal; poco después del medio día o al caer el sol, hacen la comida fuerte del día: doce o catorce tortillas de maíz, algo de frijoles y chile y sal. Agregan a lo anterior algunos productos de recolección, como la flor de garambullo, chapulines, escamoles (huevecillos de hormiga), nopales, pitahayas, hongos, quelites de diversas clases, etc., y sobre todo grandes cantidades de pulque, que son consumidas tanto por adultos como por infantes. Cada adulto, en promedio, consume de cuatro a seis litros de pulque al día, mientras que los niños, uno o dos litros en el mismo lapso.

Como es fácil advertir por los datos anteriores, el nivel de vida material de la población otomí, en la zona árida del Valle del Mezquital, apenas si alcanza el nivel de subsistencia que les permite sobrevivir. Junto a lo inhóspito de su habitat encontramos insuficiencias y deficiencias en la habitación, el abasto de agua, la comunicación, la enseñanza, el atuendo y la dieta, en un grado tal, que se acerca a la carencia de ellos, y que se hace más notoria cuando la comparamos con lo existente entre sus vecinos, por ejemplo, los campesinos no indígenas del Estado de Hidalgo o los pobladores de las cabeceras municipales.

ESTRUCTURA SOCIAL

Gobierno. Los otomíes conservan todavía parte de su propia estructura política, pero hacen depender ésta de las autoridades municipales. En cada localidad el gobierno civil está constituido por un Representante del Pueblo, un Juez Auxiliar propietario y dos o tres suplentes, y los ayudantes de los jueces, que reciben el nombre de "varistas", "topiles", "ministriles" o "celadores", según la parte del Valle que sea.

El Representante del Pueblo es nombrado por los jueces y las personas que gozan de prestigio social dentro de la comunidad y debe ser una persona de reconocida solvencia moral y económica. Parece que el cargo es vitalicio, o al menos no hay una regulación del tiempo que una persona debe ocupar ese puesto. Su principal función es ayudar a la administración del poblado y representar al pueblo ante las autoridades municipales, pero no depende directamente de éstas, sino de la asamblea de vecinos. Cuando no está el juez, él es el encargado de hacer justicia.

El Juez Auxiliar propietario es nombrado por los vecinos del pueblo; frecuentemente se escoge a una persona que hable correctamente el español y pueda leer y escribir. El juez dura en su puesto un año. Su principal función es ayudar al Presidente Municipal en la administración de la localidad a la que pertenece el juez; sus funciones son de índole administrativa y judicial. Dirige el Comité de Cobranzas, asesora al Presidente de la Junta de Mejoras Materiales y al "Presidente de Educación" (Presidente del Comité Escolar), y dirige, vigila y controla las labores realizadas por los vecinos en su día de "faena" (trabajo obligatorio gratuito, que cada vecino proporciona a la comunidad, destinado al mejoramiento material de la misma).

Los Jueces suplentes son también nombrados por los vecinos del pueblo y duran en su puesto un año. Son los elementos que están más cerca del Juez Auxiliar propietario, le ayudan en sus funciones y tienen la obligación de avisar a los ayudantes —varistas, ministriles, topiles y celadores— de las resoluciones tomadas por el Juez propietario (que a su vez ha recibido instrucciones del Presidente Municipal).

Los ayudantes de los jueces que reciben el nombre de varistas, ministriles, topiles o celadores, según la región, son nombrados por los jueces y ratificados en sus puestos por la asamblea de vecinos. Su obligación consiste en avisar al pueblo, directamente, de las resoluciones tomadas por el Juez Auxiliar propietario. Cada uno de ellos está encargado de una "manzana" (división territorial del pueblo, pues cada pueblo tiene dos, tres o cuatro manzanas, según el tamaño del mismo).

En unas cuantas localidades, aquellas que están sobre la carretera principalmente, hay un nuevo miembro del gobierno civil, el "valijero" y su respectivo suplente, quienes tienen la obligación de ir una vez por semana a la cabecera municipal, recoger la correspondencia del pueblo y entregarla a los vecinos, así como también llevar las cartas que éstos le entregan y ponerlas en el correo.

Todos desempeñan sus cargos honoríficamente, sin sueldo alguno, dedicando todo su tiempo al cumplimiento de su puesto. Aún cuando tengan que hacer algún trabajo particular muy importante, tienen que dejar éste, y dedicarse a cumplir con su misión como parte del gobierno civil del pueblo. Las elecciones son hechas a principios de diciembre, en asamblea popular, ganando aquel que haya obtenido más votos entre los vecinos presentes, y la toma de posesión de los nuevos cargos se realiza a principios de enero, coincidiendo con el Día de Reyes.

En algunas localidades, donde hay ejido, hay un Comisariado Ejidal, formado por el Presidente, el Secretario y el Tesorero y sus respectivos suplentes. Sus nombramientos son de carácter federal y son hechos por el Delegado de Promoción Ejidal entre los vecinos de la localidad. Ellos sólo tienen que ver con asuntos relacionados con la tierra, el riego y los linderos del ejido, para lo cual obran siempre de acuerdo con el Representante del Pueblo y con el Juez Auxiliar propietario.

El Presidente Municipal controla sus localidades dependientes a través de los Jueces Auxiliares propietarios, quienes pasan las instrucciones a los Jueces Auxiliares suplentes y éstos, a los ayudantes, quienes, finalmente, las pasan al pue-

blo. El Representante del Pueblo recibe instrucciones de la asamblea de vecinos y va ante las autoridades municipales a tratar los asuntos del pueblo.

Sin embargo, en algunas localidades dependientes el Juez Auxiliar propietario no recibe las instrucciones del Presidente Municipal —o si éste se las dá directamente, espera a que se las corroboren—, sino que las recibe del Juez Auxiliar de otra localidad dependiente, de aquella a la que tradicionalmente había "perteneído". Por ejemplo, los jueces auxiliares propietarios de Boxhuadá, Cantamayé, El Dexthí, etc., sólo reciben instrucciones del Juez Auxiliar propietario de Orizabita, ya que estas localidades "perteneen" a Orizabita, aún cuando todas tengan la misma categoría político-administrativa.

Cuando hay algún delito, los policías de las cabeceras llevan al reo ante el Juez civil, penal o mixto respectivo. Los jueces auxiliares apaciguan los pleitos, resuelven algunas querrelas y deciden cuándo debe llamarse a la policía de las cabeceras municipales, pero sólo hacen ésto en última instancia —que los rijosos no se pongan de acuerdo o no quieran acatar las resoluciones del Juez Auxiliar— o cuando el delito sea de tal magnitud que forzosamente tenga que dilucidarse ante un tribunal. El evitar en lo posible ir a la cabecera municipal, se debe a las pocas posibilidades que tienen de que se les haga justicia y a lo costoso (multas, "mordidas", etc.) que esto les resulta.

El gobierno religioso está constituido por los "mayordomos" y sus "cargueros". Hay un "mayordomo" de la iglesia, otro de la "cera", otro de la "fiesta", otro del "adorno", otro de los "cuetes" y otro de la "misa" y cada uno de ellos tiene varios "cargueros" que son los que le ayudan a desempeñar su puesto. Los puestos originalmente eran por "manda" (promesa que hacía un individuo de ocupar durante uno o dos años ese cargo, si Dios o la Virgen le hacían tal o cual favor), pero actualmente son tanto por "manda" como por elección. Duran en su cargo uno o dos años y en algunas localidades el mayordomo de la iglesia ocupa su puesto en forma vitalicia.

Las funciones que desempeñan son de orden administrativo, atendiendo todo lo relacionado con el cuidado y funcionamiento de la iglesia y organizando y afrontando todos los gastos relativos a la fiesta titular del pueblo. Aquellas localidades que no tienen iglesia usualmente concurren a la del pueblo al que "perteneen" y entonces es en relación con esta iglesia el desempeño de sus funciones como "mayordomos" o "cargueros".

Familia y ciclo de vida. La familia entre los otomíes es del tipo nuclear, monogámica, contando la descendencia en línea patrilineal, patriarcal y siendo la residencia neolocal. La mujer, dentro de su familia, vive en un estado de brutal servidumbre, ya que aparte de tener que hacer sus labores domésticas, tiene que trabajar haciendo ayates, bordados, tejiendo bolsas, quexquemitl, cotorinas, etc., cuidar a sus niños y llevar el producto de la artesanía para su venta a los mercados. Usualmente puede vérselos por los caminos, cargando pesados bultos, con mecapal,² mientras que van hilando la fibra del maguey (lám. IX). Pocas veces

² El cargar con mecapal, llevando todo el peso con la frente, es una forma de cargar sólo practicada por los hombres en otros grupos indígenas; sin embargo, las mujeres otomíes acostumbran cargar así.

pueden tomar decisiones por sí mismas, sino que éstas por lo general le son impuesta por el hombre.

Es frecuente que se presente la endogamia de grupo y de localidad ya que su aislamiento físico y social no permitiría la exogamia, pero cuando ésta se presenta, comúnmente es la mujer la que deja su localidad para ir a vivir a la de su marido.

En los apellidos se presentan supervivencias de los nombres antiguos, pero traducidos al español. Por ejemplo: Mezquital, Mezquite, Palma, Agua Roja, Maguey, etc. En Taxihé, municipio de Alfajayucan, es frecuente encontrar nombres propios usados como apellidos: Domingo Apolinar, José Cirilo, Anselmo Francisco, Eusebio María, Guadalupe Antonia, Juan Francisco, hijo de Anselmo Francisco, etc.



Lám. IX.—Mujeres cargando con mecapan. Orizabita, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

Hay varios tipos de compadrazgo, de "bautismo", de "matrimonio", de "difunto" y de "boda de difunto". El primero es el más importante, pero los demás también tienen alguna importancia. Los compadres se tratan muy ceremoniosamente y se guardan mutuamente muchas consideraciones. Cuando se encuentran dos compadres (del mismo o de distinto sexo) se saludan haciéndose una caravana mutua, luego uno toma la mano del otro y se la besa y dá a besar su mano al compadre. Los ahijados tratan con mucha consideración al padrino y respetan mucho su opinión en lo referente a cómo debe encauzar su vida.

La edad para casarse es de los 15 a los 18 años para la mujer, y de los 17 a los 20 en el hombre. Cuando van por agua, al molino o a las milpas, las muchachas comienzan a recibir requiebros de los muchachos, y al cabo de un tiempo se hacen novios. Se cuidan mucho de que no los vean sus parientes porque si los ven, a él lo regañan y a ella le pegan. Pero una vez que la pareja ha llegado a un acuerdo, o se fugan, o ella se lo dice a sus padres y se inicia entonces un noviazgo formal que termina en el matrimonio. No se exige la virginidad en la muchacha, pero ésta tiene un mejor estatus si la ha conservado hasta llegar al matrimonio.

Usualmente viven en unión libre o casados por la Iglesia, pero pocas veces se casan por lo civil, y menos aún por lo civil y la Iglesia. Los que sólo están casados por la Iglesia son aquellas parejas que originalmente vivían en unión libre, pero al paso de una de las misiones cristianas, son convencidos de que deben casarse en ceremonias religiosas celebradas colectivamente.

Cuando una muchacha se casa, el padre o los hermanos le dan algo, pero si se fugó entonces no le dan nada, sino al contrario, es el novio quien tiene que ganarse con regalos la aceptación de la familia de ella.

Las mujeres dan a luz hincadas, ayudadas por una "rinconera" o por alguna pariente femenina. Una vez que han dado a luz, la placenta es enterrada bajo el fogón si es mujer, y en las tierras de cultivo o en el monte si es hombre el nuevo individuo. El niño es envuelto en mantas, y poco después se le da té de manzanilla bendita (procedente de alguna "reliquia") y así se le tiene toda la noche, y hasta el día siguiente se le acerca a la madre para que tome el pecho.

Usualmente se le da el pecho por dos o dos y medio años, y mientras se le desteta se le ha ido acostumbrando a tomar otro tipo de alimento, de tal forma que cuando se hace el destete total, el niño ya se alimenta con maíz, frijol, chile y pulque. Aprenden a caminar y hablar más imitando a sus hermanos o amiguitos mayores, que por una enseñanza directa. El control de esfínteres lo adquieren más por que se les hace notar la conveniencia de ello, que como un tabú.

Al llegar la segunda dentición, los niños son enviados a la escuela, en la que permanecen unos tres o cuatro años. Después, si son niños, se van con sus padres a trabajar y si son niñas permanecen en el hogar, ayudando a sus madres. Pero desde muy pequeños ayudan al sostenimiento de su hogar, ya que poco antes de ir a la escuela y durante el período que van a ella, realizan pequeñas labores como cuidar ganado menor, acarrear agua, hacer labores sencillas como hilar, etc.

Cuando un niño muere, se le pone su mejor ropa, se le adorna con flores de papel de colores, se le pone una corona, sandalias brillantes, etc., y se le coloca en una caja de madera. El encargado de vestir y adornar al niño es el padrino de bautizo, y algunas veces es ayudado por otra persona, quien así alcanza también un parentesco espiritual con los deudos del difunto. Se le vela una noche, y al día siguiente es llevado a enterrar al panteón más cercano; en el trayecto, la comitiva va arrojando cohetes (para avisar al "cielo que un angelito se dirige hacia allá") y van quemando incienso en pequeños braseros de barro, ahumando a uno y otro lado del camino.

Cuando es un adulto el que murió, también se le viste con sus mejores ropas, se le pone dentro de una caja de madera pintada de color oscuro; se le vela y luego se le lleva al panteón, pero en el trayecto se queman muy pocos cohetes. En ambos casos, antes de enterrarlo, se le ha llevado a la iglesia y si la familia puede darse ese lujo, se le dice una misa de cuerpo presente, de lo contrario se le rezan algunas oraciones simplemente, mientras se quema incienso y se riega el catafalco con agua bendita.

Religión, rituales y creencias. A principios de noviembre, en las fiestas de Todos Santos y Difuntos, se acostumbra poner ofrendas tanto en el altar domés-

tico como sobre la tumba del pariente muerto. Las ofrendas consisten en algunos alimentos: atole, pan, dulces, frutas, agua y calaveras de dulce, y si era un adulto, además de lo anterior se pone algo de pulque o aguardiente. El primer día de noviembre, destinado a los niños, queman grandes cantidades de cohetes, destinados a "llamar a los niños" para que bajen a gozar de la ofrenda.

Los otomíes viven en un mundo mágico-religioso, en el cual tienen que tener cuidado de no enojar a las deidades, sino que hay que propiciarlas cons-



Lám. X.—Cruz con ofrendas indígenas. Iglesia de Itzmiquilpan, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

tantemente. Ellas rigen toda la vida del indígena, pues dan y quitan la salud, proporcionan o evitan la cosecha, otorgan buena o mala "suerte", etc., y en todos los aspectos de su vida intervienen. No han logrado distinguir entre su mundo mágico-religioso y la religión católica, por lo que a través del tiempo el catolicismo ha llegado a ser una técnica más, muy eficiente por cierto, para propiciar a las divinidades. Así, no es raro ver al sincretismo pagano-religioso actuando activamente entre los otomíes (lám. X).

En la gran mayoría de las ceremonias religiosas el culto católico complementa, o es complementado, con otra suerte de rituales no católicos, en tal for-

ma que no hay interferencia entre ellos. Por ejemplo, antes de iniciarse la misa, dentro de la iglesia se venden las "ofrendas" (manojos de yerbas benditas con pedazos de velas adornadas artísticamente y que sirvieron para alumbrar el altar, y listones con leyendas alusivas) y se hacen las "limpias" (que consisten en pasar la "ofrenda" varias veces sobre el dorso del individuo que la compró, para alejar los malos espíritus); al llegar el sacerdote católico cesa la venta de ofrendas y las limpias, porque "llegó la hora de la misa", pero al finalizar ésta, no bien ha salido el sacerdote de la iglesia, cuando ya se reanudó la actividad anterior.

Tomando en cuenta este sincretismo pagano-religioso, la gran mayoría de los otomíes son "católicos", pero unos 500 de ellos, distribuidos en las localidades de Decá, Pueblo Nuevo, Julián Villagrán, Taxhadó, Magucy Blanco, Tlacotepilco, Nequetejé, Juchitlán y Sosea, son evangélicos —en su mayor parte de la secta metodista y unos cuantos de la pentecostés. La religiosidad entre los católicos no es alta, mientras que entre los evangélicos lo es tanto, que frecuentemente raya en el fanatismo.

Es notable observar que los otomíes que son evangélicos han conservado su religión en un alto grado de pureza, sin amalgamarla con sus antiguas creencias, sino rechazando éstas, para adoptar las nuevas. Esto tal vez se deba a que hay una misión protestante entre ellos, que seguramente vela por la pureza de la religión.

Hay conflictos entre el grupo minoritario, representado por los evangélicos, y los católicos, que algunas veces llegan a ser graves y hasta causan la muerte de algún individuo. El conflicto religioso se ve reforzado por el económico, ya que por un lado tenemos que los evangélicos, al hacer una mejor distribución de sus ingresos, por evitar el uso de bebidas embriagantes y la celebración de onerosas fiestas religiosas, tienen un nivel de vida mucho más alto que los católicos. Por otro lado tenemos que los evangélicos, cuando se contratan como mano de obra asalariada, suelen ser muy cumplidos en su trabajo y nunca se emborrachan durante el mismo, por lo que son más deseados por los patrones, los que en igualdad de circunstancias prefieren a un evangélico que a un católico.

Tanto para católicos como para evangélicos hay una serie de creencias relacionadas con la importancia que tienen algunos animales en la presencia o ausencia de las enfermedades. Los pentecostés como excepción se niegan absolutamente a ver a los médicos, debido a que creen que basta con rezar para auspiciar la voluntad divina y lograr que se curen los enfermos, ya que relacionan las enfermedades con los pecados cometidos.

ECONOMIA

La economía indígena está basada en la explotación de una planta: el maguey, que, por otro lado, no cultivan y explotan racionalmente. La agricultura, como tal, carece de importancia; analizando los datos sobre el clima, vemos que las escasas lluvias apenas si humedecen el suelo, pero pronto el terreno se de-

seca y casi llega a rebasar el límite del marchitamiento, por lo que los cultivos de temporal son sumamente aleatorios y cuando llegan a realizarse no son redituables. En los terrenos que es posible irrigar se realizan cultivos, con más o menos éxito económico, pero como indicábamos al principio, la gran mayoría de las tierras con riego no pertenecen a los indígenas.

Las labores económicamente productivas son realizadas tanto por hombres como por mujeres y niños. Los hombres cortan las pencas de maguey y de lechugilla, las tallan y tejen cuerdas; luego, utilizando palma y fibra de lechugilla tejen cestos, también se contratan como mano de obra asalariada o realizan algunas labores agrícolas por cuenta propia. Las mujeres frecuentemente también tienen que cortar las pencas del maguey y tallarlas, hilar la fibra y tejer ayates; hacen bordados para la venta; tejen en telar de cintura, usando hilo de lana o algodón, bolsas, fajas, rebozos y quexquemil, y en telares semi-mecánicos, de tipo colonial, tejen sarapes y cotorinas.

Tanto hombres como mujeres y niños se dedican a la cría de algunos animales domésticos y ganado menor. Entre estos últimos tenemos el borrego del que extraen la lana para sus tejidos, así como puercos y chivos.

Los niños, desde muy pequeños, cuidan animales, se contratan como mano de obra asalariada, o permanecen en el hogar ayudando a sus padres en las artesanías. También son los encargados de acarrear agua, recolectar leña y cuidar a sus hermanos menores.

Los otomíes trabajan cuatro o cinco días por semana; el lunes o el miércoles no trabajan, asisten al mercado de Itzmiquilpan o de Actopan donde venden sus productos y hacen sus compras para el consumo doméstico; el martes tienen que asistir a la "faena" (trabajo que obligatoriamente tienen que proporcionar gratuitamente los miembros de una comunidad para el mejoramiento material de la misma), así que sólo les quedan cuatro días hábiles para trabajar, además del domingo.

AGRICULTURA

Como se dijo anteriormente al tratar del patrón de asentamiento, los indígenas tienen sus casas dispersas, colocadas a cierta distancia unas de otras, y esto obedece a que están situadas en sus parcelas, por lo que las casas se encuentran separadas por dichas parcelas, que miden de 0.3 a 0.8 de hectárea y son en su mayoría de propiedad privada. Para los efectos del impuesto predial están catalogadas como fincas rústicas de monte y erial, no susceptibles de explotación agrícola. En el aspecto legal, la propiedad de éstas es muy discutible ya que al morir el padre, uno de los hijos se queda con la parcela —dando en dinero o en especie el equivalente de su parte a los demás hermanos— o la tierra es repartida, más o menos equitativamente, entre los hermanos, y se olvidan de hacer los trámites legales necesarios ante el registro público de la propiedad.

Cuando se presentan las lluvias, ablandan la tierra, aran y siembran. Usualmente siembran maíz, pero algunas veces intercalan al maíz, frijol "blanquita" o

colocan el frijol "ojo de liebre" alrededor del maíz. Emplean unos 13 ó 14 kilos de semilla de maíz por hectárea de cultivo.

Para ablandar la tierra y para sembrar usan arado de madera con punta de metal y tracción animal (lám. XI). Algunos tienen yunta propia y otros, la mayoría, la alquilan. Cobran de \$10.00 a \$15.00 por el alquiler de una yunta al día, pero si el otomí pone la pastura de los animales le hacen una rebaja de \$2.00, y de \$6.00 si además de la pastura pone al gañán. Usan la yunta aproximadamente unos 10 días por hectárea. El resto de las labores —deshierbe, aporque y cosecha— lo hacen manualmente.



Lám. XI.—Surcando la tierra con arado de madera y punta de metal. El Máye, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

Los rendimientos obtenidos varían mucho, según sea el cultivo con riego o sin él. Cuando es sin riego se obtienen unos 250 kilos de maíz y unos 20 ó 25 kilos de frijol por hectárea. Cuando es con riego se obtienen unos 1,200 kilos de maíz y unos 100 de frijol. Para ello se han invertido unos 60 días-hombre y unos 10 días-animal de trabajo y unos \$10.00 en semilla. Cuando se tiene riego, se han utilizado, 2 días-hombre más.

El sueldo mínimo legal en la región es de \$9.50 al día, pero en la realidad encontramos que un indígena recibe de \$2.50 a \$5.00 diarios³ cuando se contrata como jornalero. Si calculamos el valor de la mano de obra invertida, el del alquiler de los animales y el costo de la semilla, veremos que el cultivo de una hectárea cuesta más o menos \$450.00 y que el valor de los rendimientos obtenidos, en el primer caso, cuando es sin riego, es de \$375.00, y para el segundo caso, bajo riego, es de \$1,340.00. Es decir, que a un indígena que siembra con el temporal, le cuesta algo más de un peso el producir un kilo de maíz, mismo que puede adquirir en el mercado por sólo \$0.80 el kilo, y cuando

³ El otomí recibe de \$1.50 a \$4.00 diarios en dinero y unos 4 ó 5 litros de pulque, por lo que calculamos que el pago real es de \$2.50 a \$5.00 diarios.

siembra bajo riego, la diferencia en favor del agricultor es de \$850.00 aproximadamente.

En las tierras de riego también se siembran verduras, alfalfa y trigo, con mejores rendimientos que los obtenidos para el maíz. La producción se vende directamente en los mercados de Itzmiquilpan, Actopan, Alfajayucan o Cardonal. Algunas veces siembran también calabaza, frijol o haba, siguiendo más o menos las mismas técnicas que para el maíz, y los rendimientos, al igual que para el maíz, son buenos o regulares con el riego, y bajos y aleatorios con el temporal.

El cálculo sobre el rendimiento y el valor de la producción hecho anteriormente, está basado en los valores medios reales, tanto de la mano de obra como del alquiler del arado y de la yunta, y para un año en que las condiciones climatológicas se presentaron como óptimas y se pudo recoger cosecha. Pero debemos recordar que pocos indígenas poseen una hectárea de terreno de cultivo, sino que usualmente sólo cuentan con una fracción de hectárea, y que las condiciones climatológicas en pocas ocasiones se presentan como óptimas; en la investigación realizada en el primer tercio de 1962, se encontró que en los últimos cuatro años el temporal no ha venido regularmente ni con la cantidad de agua adecuada.

En los terrenos gruesos, con riego, se hacen dos cultivos al año. Primero se siembra en febrero y se cosecha a finales de junio, luego se siembra en julio y se cosecha en noviembre. Cuando se hacen dos siembras en el mismo terreno se usa el maíz "violento", y no se le intercala o se le pone alrededor el frijol. Cuando se hace un solo cultivo, que es lo más usual, se siembra a fines de febrero y principios de marzo y se cosecha a fines de junio o principios de julio, y se usa el maíz "tardío" por lo que es posible intercalar frijol.

No se puede decir realmente que cultiven el maguey, sencillamente lo ayudan a reproducirse. En sus parcelas no tienen almácigos, sino que esporádicamente permiten que a algún maguey le crezca el quiote, y luego riegan la semilla de cualquier manera. Una vez que han brotado las nuevas plantas, si no están muy juntas, las dejan ahí mismo para que continúen su crecimiento, pero si están juntas transplantan algunas. No se tiene ningún otro cuidado para la reproducción del maguey.

Producción del pulque. Una vez que el maguey ha llegado a determinado punto de su desarrollo, se le corta la yema de la cual ha de brotar el "quiote" y se le deja un par de meses en reposo. Luego se raspa y se extrae el aguamiel. Las plantas se raspan dos veces al día, y como la zona es muy árida, dan unos dos o tres litros de aguamiel por raspa. La planta dura produciendo aproximadamente un mes o mes y medio.

Los indígenas que tienen sus propios magueyes los raspan por cuenta propia, vendiendo el aguamiel a los tinacales a razón de ocho o diez centavos el litro. Otros raspan a "medias", es decir, que el aguamiel obtenido en la raspa de la mañana es propiedad del dueño del maguey —usualmente también dueño del tinacal—, y el obtenido en la raspa de la tarde, es para el "tlachiquero" (raspador de maguey). Otros más, pocos, compran los magueyes en pie, y los raspan por cuenta propia.

Pero no todos los otomíes venden el aguamiel, sino que muchos producen pulque, en parte destinado al consumo familiar y en parte destinado a la venta. Si tomamos en cuenta que cada otomí consume por lo menos cuatro litros de pulque al día, veremos la importancia que tiene para ellos la elaboración de dicha bebida, ya que al tenerla que comprar hacen un gasto adicional que es muy fuerte para ellos.

El aguamiel tiene que tener cierta graduación para que el pulque tenga la fermentación requerida. Por ejemplo, si tiene alrededor de 5°GL. es baja, pero todavía sirve para hacer pulque, mientras que cuando tiene una menor graduación, ya no sirve. De 8°GL. en adelante, el aguamiel es considerado como bueno para hacer el pulque. Para elaborar el pulque ponen el aguamiel en un recipiente, al que agregan la "semilla" (pulque de cierta calidad), y luego lo dejan fermentar durante dos o tres días. Tienen que tener ciertos cuidados en la elaboración del pulque, que incluyen desde el cumplimiento de normas mágicas hasta las observaciones técnicas adecuadas. Por ejemplo, hay que "cortar a la punta", es decir, que cuando se hecha la semilla al aguamiel hay que tener cuidado de que éste no llegue al recipiente donde se tiene la semilla, sino viceversa, mientras se reza "Alabemos al misterio de la Santísima Trinidad", y los presentes, quitándose el sombrero, tienen que contestar "Ave María Purísima". Las máximas precauciones deben ser tomadas cuando se "corta de la punta al despacho". Si no se hace todo lo anterior, se corre el peligro de que el pulque se "brinque" o se "granice", es decir, que se apeste o se corte. Cuando el pulque es hecho clandestinamente se vende a veinte centavos el litro, y a treinta si se hace en tinacales que cuenten con las licencias oficiales.

Artesanías. Una vez que el maguey ha dejado de producir aguamiel, se le cortan las pencas y se llevan hasta la casa, donde se dejan secar por corto tiempo. Luego, con un palo de madera dura y recargados sobre una tabla, machacan la penca; ya que está suficientemente machacada, con un cuchillo, que atoran de la punta en un tronco y recargándose todavía sobre la tabla, descarnan la penca dejando libre únicamente la fibra. En agua, a la que han agregado semilla de "sangregado" molida, ponen a remojar la fibra, para que se reblandezca y adquiera cierta flexibilidad; luego la ponen a secar al sol y después la escarmanan y acomodan hasta formar manojos. La fibra recibe el nombre de "sánthe" en otomí (lám. XII).

Se colocan el manajo de "sánthe" alrededor del cuello o sobre un hombro, y manualmente empiezan a hilarlo en husos de madera con pesas (malacates) de barro o madera. Es bastante frecuente ver a los otomíes hilando por los caminos, en el mercado o mientras esperan en la Presidencia Municipal. Usualmente son los hombres los encargados de cortar y descarnar las pencas de maguey, pero algunas veces también las mujeres lo hacen. En algunas partes de nuestra área, las mujeres son las encargadas de hilar la fibra, mientras que en otras el hilado de la fibra es hecho tanto por mujeres como por hombres.

Luego, usando el telar de "cintura", de tipo prehispánico, las mujeres tejen piezas cuadrangulares, de tejido muy flojo y muy burdo, a las que llaman "ayates". Los ayates son de diversos tamaños y de varias clases, dependiendo estas úl-

timas de lo grueso del hilo, de la calidad del hilado y de lo parejo y fino del tejido (lám. XIII).

Llevan a vender los ayates a las plazas de Itzmiquilpan o de Actopan principalmente, o a las de Alfajayucan, Cardonal o Tasquillo. Por cada ayate les pagan de \$2.50 a \$4.00; el máximo de ayates que puede hacer una mujer, incluyendo todo el proceso, desde cortar y tallar las pencas hasta el tejido, y supo-



Lám. XII.—Acomodando la fibra del maguey. El Tablón, Municipio de Itzmiquilpan Hgo.



Lám. XIII.—Tejiendo en telar de cintura. González Ortega, Municipio de Santiago de Anaya, Hgo.

niendo que trabajara ocho horas al día y todos los días de la semana, serían 10 piezas semanales; es decir, que por su trabajo obtendrían alrededor de \$5.00 diarios, lo que representa una ocupación económicamente muy productiva para ellos.

Otras veces no tallan las pencas del maguey, sino que las utilizan como material de construcción en sus paupérrimas habitaciones. El centro, o "corazón" del maguey, también es aprovechado por los otomíes, quienes lo cuecen a vapor en un horno hecho en el suelo, y luego lo consumen como alimento.

No menos del 90% de las familias indígenas tienen actividades relacionadas con la explotación del maguey, con ingresos que varían de \$80.00 a \$150.00 al mes, y teniendo que contribuir dos o más miembros de la familia en dichas labores. Esta línea de producción comprende desde la producción de la materia prima hasta la distribución de los productos elaborados, ya terminados.

Aun cuando no en gran cantidad, se dá algo de lechugilla en el Valle. Los hombres otomíes la tallan, con un procedimiento semejante al usado para tallar el maguey, y la venden en el mercado, ya sea en manojos de fibra o en cordeles, mecapales, etc. Les pagan el kilo de fibra a \$0.80 ó \$1.00 cada uno, y si lo venden trenzado en cordeles, reciben de \$13.00 a \$16.00 por la gruesa. Los cordeles los hacen utilizando una rueca rústica, hecha de madera y elaborada por ellos mismos (lám. XIV). Un hombre puede tallar hasta 30 kilos de lechu-



Lám. XIV.—Haciendo cordeles en la rueca rústica. El Tablón, Municipio de Itzmiquilpan, Hgo.

guilla en una semana, o hacer hasta tres gruesas de cordeles en el mismo tiempo, trabajando todos los días ocho horas diarias. Así que es posible que en la lechuguilla obtengan ingresos de \$5.00 a \$8.00 diarios, pero siempre existe el inconveniente de la escasez de la materia prima.

La lechuguilla y la penca del maguey, en forma semejante a cuando se raspa el maguey, son talladas "a medias" (se reparte el producto entre el dueño de la planta y el que la talló), por cuenta propia (ya sea si la planta era propia, o si fue comprada en pie) o bajo paga, como peón.

En algunas localidades, muy pocas, se tienen telares semi-mecánicos del tipo de los que fueron introducidos en América por los españoles durante la época colonial, en los que tejen sarapes, cotorinas, quexquemitl, fajas, bolsas o rebozos. Usualmente ellos mismos producen la lana, criando borregos, pero si no es así, compran ésta sin hilar. En ambos casos limpian la lana, luego la cardan y después la hilan para ser posteriormente tejida en los telares semi-mecánicos ya mencionados. Frecuentemente tejen la lana en su color natural, pero algunas veces compran un tipo de lana, ya hilada y teñida en colores, que les sirve para adornar sus productos.

En esta actividad, que es realizada tanto por hombres como por mujeres, es posible que un otomí que trabaje todos los días, durante toda la semana, obtenga una ganancia de más de \$10.00 diarios, ya que puede hacer en este lapso unas cuatro cobijas (o su equivalente en las otras prendas) que vende en algunas de las plazas a \$40.00 cada una, y como ha invertido algo así como \$20.00 en lana, en cada una, en total le quedarán a él unos \$80.00 a la semana. Esta actividad es realizada tanto en telares de propiedad particular como en los de propiedad comunal, que han sido donados por el Gobierno, en una u otra época, para auspiciar el desarrollo de la comunidad.

En el norte del Valle se realiza también otra actividad, que es la cestería. Hay dos tipos de cestería, uno en que utilizan el sistema de espiral (*twiled*) con la lazada larga (*lazy squaw*) o cociendo con una aguja las vueltas del rollo, y que se realiza en los pueblos que están en la zona más árida, y otro, en que utilizan el sistema de entretejido en arrollado y en entrecruzado, o en entrecruzado-arrollado, que se realiza en aquellos pueblos que tienen agua cerca. Esto es debido a que en el primer tipo de cestería no se requiere que la palma tenga gran flexibilidad, ya que sólo sirve para constituir el "corazón" del rollo, y el resto de las maniobras son realizadas con ixtle, que tiene flexibilidad aún sin estar mojado; mientras que en el segundo tipo se requiere que la palma, el carrizo o la "raíz de saúz", tengan cierta flexibilidad que sólo se logra manteniendo estos materiales mojados.

El material que utilizan en el primer tipo de cestería es la palma, ixtle y pinturas de colores, con los que hacen cestos, charolas, bolsas, fruteros, canastitas, etc.; el instrumental se reduce a una aguja de metal y brochas gruesas, para la decoración. En el segundo tipo utilizan carrizo, raíz de saúz, palma y pinturas de colores, y hacen cestos, canastas de diversas formas, tanto con asa como sin ella, jaulas, etc. Esta actividad es mucho más productiva que las otras: \$10.00 ó 12.00 diarios. Pero el mercado para los productos es mucho más restringido y pronto se satura, por lo que no se ha extendido tanto como la producción de ayates (lám. XV).

Hay otras manufacturas, tales como los bordados (blusas, bolsas, *quexquemitl*, etc.), bloques de cantera, vigas, velas de cera artísticamente adornadas o cohetes, que son realizadas en pequeña escala en unas cuantas comunidades del Valle, y que exigen muchas horas de trabajo, son mal remuneradas y tienen un mercado muy restringido, es decir, que se siguen los mismos lineamientos económicos que para el resto de las manufacturas.

PECUARIOS

La gran mayoría de las familias complementa su exíguo presupuesto con actividades pecuarias; crían gallinas, puercos, chivos, borregos y abejas principalmente. El producto también les es comprado a muy bajo precio, pues por ejemplo, por un huevo les pagan \$0.25 ó \$0.30, por una gallina de \$10.00 a \$12.00, y de \$40.00 a \$60.00 por alguno de los otros animales. Algunas veces realizan

estas actividades por cuenta propia, mientras que otras lo hacen a "medias", es decir, alguien les da los animales recién nacidos, y ellos los crían hasta que han crecido lo suficiente como para poder venderlos, y una vez realizada la venta tienen que compartir el producto con el que les dio la cría.



Lám. XV.—Terminando una canasta. Arbolado, Municipio de Tasquillo, Hgo.

TRABAJO

Ya antes se dijo que el sueldo medio real es de \$2.50 a \$5.00 al día en el "jornal" (término usado para expresar que se contratan como mano de obra asalariada no calificada en labores agrícolas), y que trabajan cuatro o cinco días por semana. Pero no hay trabajo todo el año en el Valle de Itzmiquilpan, sino sólo en épocas de siembra o de cosecha, por lo que frecuentemente van contratados a trabajar a Mixquiahuala, donde les pagan a \$8.00 el día. El sueldo mínimo legal para la zona es de \$9.50, pero parece que no es respetado por nadie, ni por los organismos descentralizados oficiales que, por laborar dentro de la zona, se ven obligados a contratar "jornaleros".

Algunos otomíes —hombres y mujeres—, salen a trabajar fuera del Valle; ellas como sirvientas en Pachuca, Hgo. y en México, D. F. y ellos como braceros

en los Estados Unidos de Norteamérica, los menos, o como peones en las cabeceras municipales de los municipios cercanos en Pachuca, Hgo. o en México, D. F., los más; y al cabo de dos o tres años regresan al Valle, para volver a salir otra vez, después de algún tiempo.

COMERCIO

El comercio es realizado sólo en pequeña escala entre los otomíes; algunos de ellos compran en sus localidades cestos, jaulas o ixtle, y los llevan a vender a las dos grandes poblaciones cercanas como Pachuca, Hgo. y México, D. F.; otros, trabajan haciendo artesanías una temporada, y ya que tienen cierta cantidad terminada la llevan a vender a las ciudades. Otros más, la inmensa mayoría, concurren una vez por semana a las plazas de Itzmiquilpan y de Actopan principalmente, o a las de Alfajayucan, Tasquillo o Cardonal donde venden sus productos y hacen sus compras.

Los mercados principales son el de Itzmiquilpan, que se realiza todos los lunes, y el de Actopan que tiene lugar todos los miércoles. Los días de mercado tienen especial importancia para los indígenas, no sólo porque es cuando pueden obtener todos aquellos artículos de su consumo que no producen y vender su producción, sino porque casi constituye un día de fiesta para ellos, les da excusa para tomar aún más pulque y les proporciona la oportunidad de intercambiar opiniones con otros otomíes.

El mercado de Itzmiquilpan, el que se realiza el lunes, es más regional; la gran mayoría de las mercancías que los indígenas compran son producidas dentro del Valle, tales como frijol, maíz, calabaza, chile, tomate, vasijas de barro, huaraches, etc., aún cuando hay otras mercancías de fuera del Valle como telas de algodón, hilo, agujas, sombreros y zapatos que los indios compran en pequeña cantidad y en raras ocasiones. En este mercado, algunos de los productos de la artesanía indígena y de la producción pecuaria, tales como los ayates y los huevos, son acaparados por comerciantes regionales quienes compran a los indios gran parte de su producción, pero les imponen su precio, que siempre es bajo.

El mercado de Actopan, al contrario del de Itzmiquilpan, es menos regional; ahí puede obtenerse una mayor variedad de mercancías que provienen de diversas partes de la República. En alimentos, hay una mayor variedad de frutas, verduras y chiles, provenientes de fuera del Valle; aparecen con más frecuencia los artefactos de plástico, vidrio y cerámica vidriada, y existe una mayor variedad en la calidad de las telas —algodón, nylon, encajes, etc.—, así como en las demás mercancías. En el mercado de Actopan los otomíes pueden vender más fácilmente artículos como las cobijas de lana, los quexquemitl, sus bordados, etc., porque el público que asiste a este mercado procede de fuera de la región y muestra especial interés por tales artículos. Los acaparadores de la producción indígena tienen más dificultad para actuar en Actopan porque siempre tienen la competencia de algunos consumidores como los ya mencionados, que compran directamente a los indígenas, y así les es más difícil imponer un precio que no

sea "razonable", entendiendo por "razonable", no el precio adecuado para las artesanías o para la materia prima indígena, sino aquel que es ligeramente superior al pagado en Itzmiquilpan.

El PIVM también compra parte de la producción indígena, y aún cuando paga un precio ligeramente superior al de los mercados, éste no es el adecuado, ya que sobrepasa demasiado el esfuerzo humano invertido en la producción y poco lo que se consigue al venderla. Recordemos que una de las características del subdesarrollo es la gran cantidad de energía humana invertida en la producción, la baja productividad por individuo y, en forma concomitante, un bajo precio para los productos elaborados o para la materia prima.

Los otomíes hacen sus transacciones en dinero, o cuando utilizan el trueque, éste se hace tomando en cuenta el valor de las mercancías en dinero. La mujer es la encargada de vender, pero al hacer las compras para el consumo doméstico el hombre interviene directamente. Sin embargo, también algunos hombres se dedican actualmente a vender.

ECONOMIA DE PRESTIGIO

Sin llegar a alcanzar la complejidad e importancia de otros grupos indígenas, como los chamulas, los ocosingueros o los mixtecos, los otomíes también realizan una economía de prestigio. Es decir, ellos realizan fuertes gastos y cierto derroche de energía humana para obtener una posición o estatus —o para reforzar ésta si ya la poseen— dentro de su grupo; esta posición o estatus lleva consigo una cantidad de prestigio que proviene del reconocimiento social de su importancia o valor.

Para alcanzar o reafirmar su estatus de prestigio encaminan sus esfuerzos hacia la estructura religiosa, la político-administrativa o hacia las fiestas y ceremonias laicas. En la religión, tratan de obtener un puesto dentro del gobierno religioso, sea de mayordomo o de "carguero", y entonces contribuyen con parte de los gastos ceremoniales o inherentes al cargo religioso. Antiguamente un mayordomo y sus "cargueros", dos o tres por lo regular, tenían que afrontar el total del gasto, por ejemplo, si eran de "ceras", tenían que comprar todas las velas de cera, ricamente adornadas, que se requirieran en la fiesta titular del pueblo, o si eran del "castillo" o de los "toritos" tenían que poner el total de los cohetes y de las figuras pirotécnicas que se quemasen ese día, y en igual forma para el resto de los cargos, obteniendo más prestigio, por supuesto, aquellos que habían organizado mejor su parte, habían proporcionado más de lo necesario y, en consecuencia, gastado mucho dinero. Actualmente, el gasto se reparte entre muchas personas; el procedimiento es el siguiente: se nombran —o se "autonombran" cuando es por "manda"— a un mayordomo y sus cargueros, quienes no tienen que afrontar el total de los gastos, sino sólo una parte de ellos, ya que su principal misión va a ser organizar la parte de la fiesta que les fue encomendada y recoger entre los vecinos de la manzana a la que pertenecen el dinero necesario para los gastos; así, ellos obtienen prestigio, y el gasto y parte del prestigio es

compartido por todos los otomíes de una manzana determinada. Si no se hiciese así, muy pocos indígenas podrían desempeñar un puesto religioso, ya que ninguno de ellos lograría en toda su vida reunir el dinero necesario para el cargo. Por ejemplo, un mayordomo del "castillo", tiene que reunir alrededor de \$2,000.00 para esa parte de la fiesta, mientras que el de la "misa", tiene que reunir unos \$1,000.00 y el de las velas alrededor de \$900.00, y por el estilo los demás mayordomos. Sin embargo, es usual que el mayordomo ponga una cuarta parte del gasto, los "cargueros" otra cuarta parte y los vecinos de la manzana a la que pertenecen el mayordomo y los cargueros, la otra mitad. Es frecuente que toda una familia trabaje intensamente durante todo el año, para ayudar a algún pariente a "cumplir con su cargo".

Los cargos públicos tales como Representante, Juez propietario, suplentes o ayudantes, son honoríficos y el individuo sobre el cual recae el cargo tiene casi que abandonar sus ocupaciones para dedicarse completamente a desempeñarlo. Afortunadamente las actividades inherentes a dichos puestos no son tan intensas que impidan a los otomíes realizar algunas labores económicamente productivas. Sin embargo, en aquellas zonas de riego, o que no están comunicadas física o socialmente, le es más difícil a un individuo desempeñar su puesto y constituye un verdadero sacrificio económico el hacerlo, ya que tiene más oportunidades para trabajar —en su propio campo de cultivo o como mano de obra asalariada— y un grado de aculturación más alto que le crea nuevas necesidades para satisfacer.

Además, todos los hombres otomíes se ven en la obligación de proporcionar un día de trabajo gratuito a la semana, para el mejoramiento material de su comunidad, y si no lo hacen así, gozan del desprestigio social, son multados por el Juez Auxiliar propietario y si todavía se niegan, son llevados a la cabecera municipal, donde los amenazan con cárcel o nuevas multas si se niegan a colaborar. El trabajo comunal no es canalizado hacia obras de verdadero beneficio económico para la comunidad, sino hacia aquellas destinadas a la conservación de los edificios públicos —iglesia, escuela o panteón—, conservación o construcción de caminos —que frecuentemente no utilizan— y pequeñas obras de ornato de su poblado. Es decir, que usualmente se desperdician 52 días-trabajo al año, de todos los miembros de cada comunidad otomí.

En los últimos años, esporádicamente, se ha utilizado parte del trabajo comunal en verdaderas obras de mejoramiento material de la comunidad, como la introducción de agua entubada a la localidad, la construcción de nuevas viviendas —en aquellas comunidades donde se han establecido colonias— o en la construcción de lavaderos y baños públicos.

En las festividades religiosas, hay una parte laica que es organizada por el Juez Auxiliar propietario, con la ayuda de "comisionados" o "mayordomos", según que la parte que tengan que cumplir sea tradicional o una innovación. Por ejemplo, hay un mayordomo de la comida ("mayordomo de la gorra", como se dice), que tiene que hacer comida suficiente para que coman todos los extraños que asistan a la fiesta; otro mayordomo se encarga de contratar la "música", es decir, pagar a los miembros de la orquesta que durante dos o tres días tocarán en el quiosco del pueblo, y proporcionarles alojamiento y comida. Un "comisiona-

do" se encargará de organizar el "baile" en el patio o en los salones de la escuela, cobrando cierta cantidad a los hombres que asistan a él, cantidad que entregará al mayordomo de la "música" para ayudar a los gastos del pago de la orquesta. En algunas localidades hay diversos "comisionados" que se encargan de algunos espectáculos deportivos como carreras de bicicletas, competencias de basket-ball o boxeo, por ejemplo.

Durante los dos o tres días que dura la fiesta, y los cuatro o cinco previos a ella en que se está adornando y limpiando el pueblo, se paralizan totalmente las actividades económicas, que sólo vuelven a normalizarse hasta dos o tres días después de pasada la fiesta. Los que participan en ella, con algún cargo, han dedicado el total de sus esfuerzos durante más de 6 meses y el total de sus ahorros de uno o dos años, según sea el cargo, pero el prestigio que adquieren es tanto como el haberse dedicado todo un año a desempeñar un puesto en el gobierno civil. Un mayordomo de la iglesia tiene tanto prestigio como un Representante del Pueblo; ambos deben ser personas solventes y de reconocida honradez, habiendo demostrado previamente lo anterior haciendo frente a gastos inherentes a otros puestos, tales como mayordomo de los "cuetes" o Juez Auxiliar propietario.

Aquellos miembros de la comunidad que por su propio nivel económico no puedan hacer grandes erogaciones —es decir, que no sean "solventes"—, tendrán que conformarse con aspirar a los puestos inferiores como "carguero" y ayudante del juez —topil, ministril, celador o varista—, pero de todas formas, intervienen activamente en el gasto de "riqueza", dentro de sus posibilidades, para obtener un estatus de prestigio dentro de su comunidad, al igual que lo hacen los que detentan mejores cargos.

PRINCIPALES PROBLEMAS ECONOMICOS

Los principales problemas económicos internos de la población otomí del Valle de Itzmiquilpan pueden ser resumidos en los seis puntos siguientes: problema del aislamiento; problema de los recursos naturales, humanos y culturales; problemas de la producción; sistemas de trabajo tradicionales; comercio no equilibrado, y, finalmente, consumo de subsistencia y consumo de prestigio. Los principales problemas económicos externos son su dependencia de un epicentro de estructura feudal y las relaciones de producción con el exterior, que no son equitativas. En los párrafos siguientes haremos un somero análisis de estos puntos y de la forma como han afrontado los problemas.

Aislamiento. El Valle está muy bien comunicado físicamente, pues más del 60% de las comunidades indígenas cuenta con caminos vecinales o brechas transitables en todo tiempo, pero estos caminos sólo sirven de penetración para la lenta labor del PIVM y no para el fomento económico. Debido al aislamiento cultural —barrera del idioma, patrones culturales distintos y estructuras sociales diversas, que operan entre sí como si fueran castas— el aislamiento real de la población otomí es grande, y las posibilidades del intercambio cultural para un

rápido desarrollo económico no son demasiadas. Además, las experiencias adquiridas en su contacto con el epicentro regional —mercados de Itzmiuilpan y Acctopan y actuación del PIVM, principalmente— han sido traumatizantes para ellos, y en consecuencia tratan de eludirlas en lo posible, aumentando aún más su aislamiento y conservando el atraso económico que los hace permanecer marginales al desarrollo del país.

Recursos. Lo inhóspito de su habitat hace que los recursos naturales no sean extensos; la mala calidad y lo delgado de sus suelos así como la carencia de agua, hacen que la agricultura en la zona no sea redituable. Los recursos culturales son escasos, ya que utilizan técnicas atrasadas, prehispánicas o coloniales principalmente, y que están sometidas a influencias culturales tradicionalistas. La fuerza de trabajo es grande, pero está desaprovechada en extremo; cuando trabajan por cuenta propia, suplen la técnica con energía humana, abatiendo así la productividad por hombre; no dedican el total de su tiempo a actividades económicamente productivas, sino que derivan parte de éste hacia actividades cívicas o hacia aquellas encaminadas a conseguir prestigio y cuando se contratan como mano de obra asalariada lo hacen ocupando puestos que no requieren de calificación y recibiendo sueldos más bajos que el mínimo legal, con el inconveniente de que parte de éstos es en especie y el resto en dinero. En resumidas cuentas, tenemos que los recursos son deficientes y escasos en los dos primeros tipos y deficientes y suficientes para el último tipo, el humano; pero siempre pesísimamente utilizados, en tal forma que tratan de substituir unos, usando más los otros, obteniendo, como es de esperarse, los resultados ya mencionados.

Producción. Lo característico de la producción otomí es su casi nula capitalización, y las pocas posibilidades que tiene de pasar de una producción que se consume totalmente a una producción que permita la acumulación, para lograr una reproducción ampliada que haga factible la capitalización. Tienen varias líneas de producción que comprenden desde la elaboración de la materia prima hasta la distribución, directa al consumidor, del artículo terminado, pero los sistemas de producción, con gran escasez de técnica y verdadero derroche de energía humana, abaten la productividad, aumentado el valor real del producto, mismo que cuando es llevado al comercio apenas si se le asigna el valor de la materia prima invertida en él. La producción de alimentos para la satisfacción de sus necesidades elementales, es insuficiente para la población otomí, lo que la obliga a depender de la producción de otras zonas agrícolas aledañas.

Sistemas de trabajo. Los sistemas de trabajo tradicionales de los otomíes no obedecen a un racionalismo económico, ni se limitan al mínimo indispensable, sino que actúan bajo la presión de la necesidad —económica, cultural y social—, haciendo un verdadero derroche de él. Frecuentemente suplen la técnica con el trabajo, o con prácticas mágico-religiosas que si bien no satisfacen la necesidad de técnica, sí les proporcionan una cierta seguridad psicológica. Algunos saben leer y escribir, pero sólo aprovechan su habilidad para adquirir prestigio, y no como una herramienta más de trabajo. Hay poca especialización en el trabajo; tal vez la única que se presenta es la surgida por la división de ocupaciones por

sexo y edad, así que no se da entre ellos mano de obra calificada o al menos altamente especializada.

La familia, más que una unidad biológica, es una unidad económica, y sus relaciones y estructura se adaptan más al sistema de trabajo familiar otomí que al sistema de trabajo individual característico de una sociedad capitalista, competitiva, como la nuestra. Dentro de su cultura hay una fuerte conciencia de solidaridad, que se manifiesta en la ayuda mutua y en las instituciones de trabajo en común para el mejoramiento de la propia comunidad, que no tienen razón de ser cuando se cambia la orientación de la cultura y el tipo de unidad familiar.

Comercio. La balanza comercial de las comunidades otomíes no es equilibrada; consumen, para la satisfacción de sus necesidades básicas únicamente, más de lo que producen. Este desequilibrio aumenta por el bajo precio que obtienen por sus artículos y el alto precio que tienen que pagar por lo que consumen. Para equilibrar su economía tienen que contratarse como mano de obra asalariada o depender de la ayuda oficial, proporcionada a través del PIVM, que actúa siempre como paliativo. Así, el desequilibrio ha aumentado a través del tiempo, y lo probable es que siga aumentando.

Consumo. La historia de los otomíes es la historia de su hambre, de su consumo mínimo que apenas sí permite la supervivencia del grupo, aunado todo a un consumo de prestigio, que crea nuevas necesidades a satisfacer, y que en su satisfacción frecuentemente compiten en situación de ventaja, con las necesidades básicas. El crearles nuevas necesidades, tales como el enviar los niños a la escuela, mejorar su habitación o aumentar el aseo personal y de la habitación, sin darles las posibilidades económicas de mejorar sus ingresos, significaría no sólo que tuvieran que repartir el consumo entre la satisfacción de las necesidades básicas y la búsqueda de prestigio sino también con éstas nuevas necesidades, lo que aumentaría más su hambre.

Factores externos. Los factores mencionados anteriormente forman parte de la dinámica interna del grupo, y se encuentran, en consecuencia, relacionados con la estructura social y la cultura de los otomíes; pero ellos viven en una región determinada, formando parte del sistema económico que impera en ella, y que no es modulado para satisfacer sus necesidades, sino que está estructurado para lograr el beneficio del grupo que detenta el control político y económico, en las ciudades que forman el epicentro regional.

Dependen económicamente de estos epicentros que marcan su dinámica, pero el sistema es de interdependencia mutua; los centros desarrollados viven, y tal vez han adquirido ese grado de desarrollo, de sus relaciones de producción con los otomíes: compran su materia prima y sus productos elaborados a muy bajo precio, venden los artículos de consumo a los otomíes a un precio "razonable" para ellos, y para equilibrar la balanza de pagos, utilizan su fuerza de trabajo, pero también pagando bajos salarios. Como no pueden permitir, ya que ésto frenaría su propio desarrollo económico, que el grupo llegue a niveles demasiado bajos, tienen que lograr la ayuda oficial para que invierta —mejor dicho, que gaste, ya que no hay posibilidades de recuperación—, en mejorar las condiciones de vida de la población otomí.

Intentos de solución. El Gobierno ha tratado de resolver el problema que para el país representa un grupo marginal al desarrollo nacional. Desde hace más de 10 años funciona entre ellos una institución oficial: Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital (PIVM), que ha tratado de integrar a los otomíes con el resto de la población campesina mexicana, pero hasta la fecha no ha logrado superar el atraso socio-económico y cultural de los indígenas; tal vez ésto se deba a que su actuación ha sido en forma de paliativo, más para conservar la situación actual que para tratar de resolver el problema en su base, que es el subdesarrollo económico.

El PIVM ha trabajado en el mejoramiento de la comunicación para superar el aislamiento físico, pero no ha intentado romper el aislamiento social; en educación, la situación es semejante, pues ha alfabetizado a los otomíes, pero se ha olvidado de enseñarles que el alfabeto es una herramienta más de trabajo, muy útil para superar el atraso socio-económico, y no un símbolo de prestigio.

El PIVM ha mejorado la habitación en algunas localidades y para algunas familias, muy pocas, pero no ha elevado su nivel de vida ya que siguen teniendo una alimentación insuficiente y deficiente, un atuendo que no cumple con su cometido de resguardar de la intemperie, permaneciendo casi sin menaje y sin utensilios domésticos; tienen una casa cuyas paredes son de adobe revestido o de cantera, con suelo de cemento, y que es tres veces mayor que su choza, lo que no les resuelve el problema del hacinamiento. Las casas están construidas al borde de la carretera, o muy cerca de ella, en forma de asentamiento nuclear-reticular (es decir, agrupadas), lo que imposibilita a los otomíes de habitarlas, ya que su economía está ligada a la explotación del maguey, y el vivir de 6 a 10 km. de su fuente de materias primas es casi imposible.

En salud pública, la ayuda oficial ha tenido un éxito sorprendente. Sin embargo, el éxito obtenido más se debe a que nunca se había laborado en ese campo, entre los otomíes, que a lo razonado de las campañas. Las enfermedades relacionadas con el hambre no son tratadas en lo absoluto, y las grandes campañas de vacunación son realizadas de acuerdo con las necesidades de otras áreas y no con las del Mezquital. Por ejemplo, en febrero de 1962 se realizó una campaña de vacunación contra la poliomielitis que, cuando mucho, habrá causado unos 10 casos (la mitad de ellos mortales) en todo el Valle y en los últimos diez años. Sin embargo, durante ese mismo mes la epidemia de tos ferina, y probablemente también la de gripe, alcanzan su climax, causando una alta mortalidad infantil, quizás la más alta del año, y no es en esta época cuando se tiene planeado combatirlas, sino que todo el esfuerzo se dedica a garantizar que el Mezquital no será un foco de contagio de otras enfermedades, muy importantes, para los grupos vecinos.

El problema económico, a nuestro parecer el más importante, no está tratado en su base. Se auspician las artesanías, haciendo que estas subsistan como una actividad atrasada, que exige muchas horas de trabajo y que es mal remunerada. La tecnificación en las artesanías no es auspiciada en lo absoluto. En la agricultura siguen utilizando la misma técnica y obteniendo productos con similares rendimientos a los que se obtenían hace doscientos años; las labores encaminadas

a introducir nuevas prácticas agrícolas, a evitar la erosión, a lograr mejoría en la calidad de los suelos o a introducir nuevos cultivos, son casi nulas. El fomento en la producción pecuaria o cría de abejas y cría de aves de corral, se hizo en dos líneas de producción donde la competencia es abundante, y es difícil de creer que los otomíes, con su escasa tecnificación y sus bajos rendimientos, puedan competir ventajosamente en el mercado nacional.

En los próximos dos años se piensa extender el sistema de irrigación sobre gran parte de la zona de estudio a unas 3,000 has. aproximadamente. Como el campesino otomí no está preparado para saber cómo utilizar el riego, habría que iniciar desde ahora su preparación técnica adecuada. De no hacerse así, se corre el riesgo de causar situaciones semejantes a las que ahora se dan en las zonas indígenas dentro del Distrito de Riego del Noroeste, en que debido a la inadecuada preparación técnica de la población indígena, las instituciones semificiales y oficiales de crédito agrícola tienen que llevar al cabo gran parte de las labores, por medio de maquileros, dejando a la población indígena como espectadora de una técnica agrícola que no logra comprender, ni el Gobierno se ocupa de hacérsela asimilar.

La posesión legal de los otomíes sobre sus tierras, como ya dijimos anteriormente, es muy discutible; el minifundismo es absoluto y predominante, y, además, como tiene que compartir la propiedad de las tierras que van a ser irrigadas con los campesinos no indígenas que desde hace tiempo también viven ahí, el beneficio económico que traiga el riego, sólo afectará directamente a una parte de la población indígena, a un 30% de ella, y el resto seguirá en las mismas condiciones.

La acción de la población otomí encaminada a superar su situación marginal es completamente inadecuada e individual. Cada otomí que adquiere la preparación técnica adecuada, que le permitiría ayudar a superar dicha situación dentro de su grupo, emigra hacia las poblaciones mayores, huyendo de su propio ambiente, tan inhóspito, o permanece en él en un estatus de superioridad y usando a su grupo para logros económicos propios. Otras veces, se aíslan física y socialmente aún más, o, finalmente, adquieren una dependencia absoluta de la ayuda oficial y no intentan solucionar sus problemas por sí mismos, sino que esperan que el Gobierno Federal se los resuelva.

CONCLUSIONES

Los otomíes de la zona árida del Valle del Mezquital representan un problema económico para el país. Primero, por su propio atraso económico, social y cultural, que los hace permanecer marginales al resto del país, actuando como un grupo culturalmente diferenciado de los otros grupos (sociedades plurales), y con un grado de desarrollo distinto y siguiendo, además, otra tradición (asincronía en el grado de desarrollo económico). El nivel de vida entre ellos es muy bajo en relación a los medianos y más altos que se dan en el país, lo que nos habla de una

no equitativa distribución de la riqueza misma del país. Segundo, debido a su falta de incorporación al sistema económico nacional, no son una fuente de producción de riqueza ni constituyen un mercado interno de importancia, que ayuden al propio desarrollo nacional; además, para la Administración Pública presuponen un gasto constante, erogación que se hace con muy pocas probabilidades de recuperación.

La población otomí del Valle del Mezquital representa un freno para el progreso del país, ya que le sirve de lastre en las actividades tendientes a lograr su desarrollo económico, y mientras se conserven situaciones así, toda acción encaminada a lograr un grado de desarrollo económico mayor, semejante al de los países del norte de Europa y del norte de América, no tendrá el éxito esperado.

Analizando las condiciones de vida de la población otomí, sus principales problemas económicos y las formas en que se han enfrentado a ellos, encontramos que el panorama, al menos para los próximos cinco años, no es muy halagüeño, y salvo una firme política oficial, auspiciando un plan de desarrollo económico racional, y que siga los lineamientos generales de los planes de desarrollo nacional, pasarán muchos años antes de que los otomíes dejen de constituir un problema económico.

REFERENCIAS

- COMAS, J. *Manual de Antropología Física*. México, 1957.
- GALENSON, W. Y LEIBENSTEIN, H. Criterios de Inversión, Productividad y Desarrollo Económico. *Desarrollo Económico*. Vol. 1, No. 2. Buenos Aires, 1961.
- GONÇALVES DE SOUZA, J. Aspects of Land Tenure Problems in Latin America. *Rural Sociology*. Vol. XXV, No. 1. Chicago, 1960.
- LACOSTE, I. *Los Países Subdesarrollados*. Buenos Aires, 1960.
- LAJUGIE, J. *Los Sistemas Económicos*. Buenos Aires, 1960.
- MASSEVEFF, R. *El Hambre*. Buenos Aires, 1960.
- MENDIZABAL, M. O. DE. Los problemas indígenas y su más urgente tratamiento. *Obras Completas*. T. V. México, 1946.
- MURDOCK, G. P. *Social Structure*. Nueva York, 1960.
- NOLASCO ARMAS, M. El Hombre y el Maguey: Los Otomíes. *Agro en México*. Vol. I, No. 5. México, 1962.
- Los Otomíes. Informe mecanoscrito entregado al PATRIMONIO INDÍGENA DEL VALLE DEL MEZQUITAL. México, 1962.
- OLMEDO, M. *Sociedades Preclásicas. Las Fuerzas Productivas y las Relaciones de Producción en las Sociedades Precapitalistas*. T. II. México, 1960.
- OFICINA INTERNACIONAL DEL TRABAJO. *Los Agricultores sin Tierra en América Latina*. Ginebra, 1957.
- PATRIMONIO INDÍGENA DEL VALLE DEL MEZQUITAL. Proyecto de Programa del Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital. Edic. Mimeográfica. Itzmiquilpan, Hgo. México, 1954.
- SAND, R. *La Economía Humana*. Buenos Aires, 1961.
- SAUVY, A. *La Población*. Buenos Aires, 1960.

- SVENNILSON, I. El Concepto del Crecimiento Económico. *Revista de Estudios Agrarios*. Año 1, No. 3. México, 1961.
- UNIÓN PANAMERICANA. *Guía de Campo del Investigador Social*. Manuales Técnicos, No. III. Washington, D.C., 1956.
- Guía de Campo del Investigador Social*. Manuales Técnicos, No. IV. Washington, D.C., 1957.
- Guía de Campo del Investigador Social*. Manuales Técnicos, No. V. Washington, D.C., 1960.
- VIVÓ, J. A. *Razas y Lenguas Indígenas de México*. México, 1941.
- Aspectos Económicos y Fundamentales del Problema Indígena. *América Indígena*. Vol. III, No. 1. México, 1943.
- Geografía de México*. México, 1953.
- WHETTEN, N. L. México Rural. *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Vol. V, No. 2. México, 1953.

